

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Lic. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Francisco Bastitta.

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- | | | |
|----------------------------------|----|--|
| | 3 | Por qué nos hace falta centrarnos hoy en la esperanza |
| <i>Carlos Hoevel</i> | 9 | La ilusión de ser argentino |
| <i>Florian Pitschl</i> | 22 | Regreso a la infancia, redescubrimiento de la esperanza |
| <i>Alicia Zanotti de Savanti</i> | 35 | Encontrar la alegría |
| <i>Enrique Aguilar</i> | 49 | La relación de Ortega y Gasset con la Argentina |
| <i>Fernando Devoto</i> | 64 | El pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad |
| <i>Alberto Espezel</i> | 73 | Breve lectura introductoria de Alasdair MacIntyre |
| <i>Erich Kock</i> | 83 | Quien quiere saber más, debe atreverse a la muerte
In Memoriam Ernst Jünger |

Breve Lectura Introductoria de Alasdair MacIntyre

*Alberto Espezel**

El propósito de las líneas que siguen es bien modesto. Se trata de presentar sucintamente algunas líneas maestras del pensamiento del filósofo Alasdair MacIntyre a partir de una de sus obras principales, *After Virtue*. Nos parece útil recordarla desde el Sur, desde la Argentina de hoy, porque plantea problemas fundamentales a los que es bueno volver siempre.

I. La vuelta al Bien y al telos o fin

Aunque el eje de su obra sea un estudio histórico del concepto de virtud, quizás el aporte más decisivo de MacIntyre es su voluntad de replantear el tema central del bien en la vida pública. Su lectura de Aristóteles, que MacIntyre pretende leer como tradición aristotélico-judeocristiana, sin ningún afán erudito de fidelidad última al autor griego, intenta volver a poner en el centro del debate moral el relieve del bien y del fin en la vida pública, para desde allí repensar una moral y una política coherente y compartida de modo que permita un fundamento de convivencia social y política.

* Sacerdote, San Isidro. Director de la revista. Profesor de Teología Dogmática y de Ética Social en el Seminario de San Isidro, en las Facultades de Teología de la UCA y del Salvador y en la Universidad de San Andrés.

Su parábola inicial de *After Virtue* es conocida. Allí compara la situación moral contemporánea con un hipotético acontecimiento ecológico de desastre que llevó a la civilización al borde de una destrucción total, desastre del que se culpaba a la ciencia, y que provocó la muerte de científicos, destrucción de maquinarias y de toda clase de libros, archivos, etc. Siglos más tarde se trataba de recuperar la ciencia perdida memorizando teorías y prácticas basadas sólo en porciones y fragmentos de ciencia que habían sido preservados. Pero estos fragmentos eran sólo parte de un todo perdido, trozos de un contexto original inhallable hoy. Para MacIntyre, la moral como hoy la conocemos es sólo un conjunto de fragmentos perdidos de un todo coherente.

II. La Virtud

MacIntyre muestra que las virtudes son disposiciones para actuar y sentir de un modo bueno y determinado. La acción virtuosa realiza el bien desde la propia inclinación ahora formada y cultivada por las virtudes. En este sentido, para MacIntyre la educación moral es también una *éducation sentimentale*.

Es verdad que para Aristóteles las virtudes encontraban su verdadero lugar en la vida de la polis y no en la vida individual, ya que el individuo sólo es inteligible como ser político¹. Será aquí la tradición judeocristiana la que luche por un concepto de persona que haga replantear las virtudes en un contexto nuevo, propiamente personal, que rompa los marcos de la polis y abra al mismo tiempo el itinerario de la vida humana a un horizonte de realización también meta-temporal.

Con Aristóteles, el autor describe la conexión de las virtudes entre sí. Esta creencia aristotélica en la unidad de las virtudes es una

¹ *After Virtue*, , University of Notre Dame Press, 1984, pág.150, en adelante citado como AV.

herencia de Platón. Ambos comparten una hostilidad al conflicto tanto del hombre bueno consigo mismo, como dentro de la *polis* o estado. Las virtudes conexas se encuentran en armonía unas con otras, y la armonía del carácter individual es reproducida en la armonía del estado. Para ambos, la guerra civil es el peor de los males. Análogamente, la vida humana del hombre es simple y unitaria, compuesta por una jerarquía de bienes ². Leída cristianamente, esta jerarquía y articulación de bienes se corresponderá con un orden de amores, *ordo amoris* fundado en la objetividad de aquellos bienes.

El autor muestra que entre los distintos tipos de amistad, Aristóteles destaca la amistad que brota del común interés en bienes compartidos. Esta es la forma verdaderamente genuina de amistad, y la que ofrece el paradigma tanto de la relación del hombre y la mujer en la casa, como también entre los ciudadanos de la polis. Si el hombre tiene su *telos* supremo en la contemplación del bien -como sostiene Aristóteles-, necesita para ello de amigos. A su vez, una ciudad fundada en la justicia y la amistad, puede ser solamente el mejor tipo de ciudad si capacita a sus ciudadanos para gozar de una vida contemplativa³.

III. La virtud en la unidad de la vida humana

MacIntyre destaca la unidad de la vida humana; dicho con palabras de Julián Marías, diríamos la unidad argumental de la vida humana. Este tema es hoy cada vez más ignorado o incluso discutido. Se tiende a segmentar la vida humana: se divide el trabajo del descanso, la vida privada de la pública, la vida personal de la común. Infancia y vejez han sido separadas en esferas distintas. La cultura del instante, favorecida por los medios de comunicación, tien-

² AV 157

³ AV 159

de a impedir la consideración de largo plazo de una vida que se desarrolla histórica y narrativamente.

Para el autor la unidad de la virtud en la vida de cada uno presupone una vida humana unitaria, concebida como un todo unitario. MacIntyre desarrolla un concepto de subjetividad cuya unidad reside en una unidad de tipo narrativo, que une nacimiento del hombre con el decurso de una vida humana que culmina en una muerte como final de la vida ⁴.

Esta estructura histórica y narrativa de la vida humana la conforma -a la vida- de un modo integrativo. Es natural entonces pensar en la propia subjetividad y en la propia persona de un modo narrativo. Para MacIntyre el hombre es un animal narrativo, y las historias narrativas de unos y otros se entretajan entre sí. Cuando hacemos inteligibles las acciones de los otros de un modo narrativo, esto ocurre a causa de su carácter fundamentalmente histórico. En el fondo, todos vivimos la historicidad de nuestras propias vidas en términos narrativos. Las historias, dice el autor, son vividas antes de ser contadas ⁵.

El hombre no sólo es actor, sino también autor y narrador. En el fondo, somos coautores de nuestras propias narraciones ⁶. La analogía teodramática de Balthasar, como juego de libertades entre Dios y el hombre creado por El, surgida por cierto en un contexto bien diverso, recuerda aquí muchas veces los planteos del autor. Ahora bien, la narratividad conlleva un carácter teleológico. Vemos nuestras vidas, en forma individual y común, a la luz de ciertas concepciones de un futuro posible compartido, que nos hace señas y se encuentra abierto. No hay presente sin imagen de algún futuro que es *telos* de este presente ⁷.

⁴ AV 205

⁵ AV 212

⁶ AV 213

⁷ AV 215-216

La historicidad y narratividad consiguientes del hombre, entonces, tienen al mismo tiempo un carácter impredecible, en cuanto proyectado a un futuro abierto, entretejido por libertades reales, y un carácter teleológico que orienta el obrar del hombre ⁸. Yo soy el sujeto de una historia que es mía y no de otro, que tiene su significado mío peculiar. MacIntyre recuerda que cuando alguien se queja de que su vida no tiene sentido -como lo hacen quienes han hecho un intento de suicidio- se está quejando quizás de que la narración de su vida se ha hecho ininteligible para ellos, que le falta propósito o movimiento hacia un fin ⁹.

Pero para el autor el otro aspecto de la identidad narrativa es correlativo en la relación con los demás: no sólo yo soy explicable, yo puedo también pedir a otros una explicación de ellos. Nuestras historias se entretajan. Yo soy parte de su historia así como los otros son parte de la mía. Lo narrativo de la historia de uno es parte de una trama de historias de muchos. La narratividad hace entonces inteligible y explicable la propia identidad personal. La unidad de la vida individual es la unidad narrativa encarnada en una vida singular cuyo bien sería la mejor vida en que puedo vivir esa unidad que soy yo y llevarla consiguientemente a su plenitud ¹⁰.

Con este desarrollo de la historicidad y narratividad de la vida humana -de raíz última judeocristiana- corrige MacIntyre el riesgo cierto de estaticidad a-histórica de la concepción aristotélica de las virtudes. Las virtudes han de ser entendidas como aquellas disposiciones que no sólo sostienen determinadas prácticas y nos capacitan para alcanzar los bienes correspondientes a esas prácticas, sino que en la búsqueda del bien también nos han de sostener para sobrepornos a los males, peligros y tentaciones que hemos de encontrar y que nos han de dar un creciente conocimiento del bien y de nosotros mismos ¹¹.

⁸ AV 216

⁹ AV 217

¹⁰ AV 218

¹¹ AV 219

Pero yo no soy una persona intemporal. Heredo del pasado de mi familia, mi ciudad, mi clan, mi nación, una variedad de obligaciones, hábitos, expectativas. Esto es lo dado de mi vida, mi punto de partida moral, para lo que requiero, como recordará Guardini, una aceptación fundamental. Todo esto, subraya MacIntyre, es lo que da a mi vida su particularidad moral propia ¹².

En efecto, la historia de mi vida se encuentra incorporada en la historia de aquellas comunidades de las que yo derivó mi identidad. Yo he nacido con un pasado, recuerda el autor, y pretender cortarme de ese pasado, de un modo individualista, deforma mis relaciones presentes. La identidad histórica y la identidad social coinciden. Incluso la rebelión contra mi identidad es un modo posible de expresarla. Pero esta pertenencia a comunidades como la familia, el vecindario, la ciudad, no obsta a que tenga que aceptar las limitaciones morales de esa forma de comunidad. Se ha de partir de esas particularidades morales en la búsqueda del bien hacia delante. Para MacIntyre, escaparse a un reino de máximas enteramente universales, que pertenecen al hombre como tal, es una ilusión con consecuencias penosas ¹³.

IV. Virtud y después de la virtud

La empresa de MacIntyre, como lo hemos dicho, es una larga lectura histórica de la moral desde la clave del concepto de virtud. En la concepción aristotélica la educación en las virtudes me enseña que mi bien como hombre es el mismo bien que el de los demás con los que estoy vinculado en la comunidad humana. No hay modo de que mi búsqueda del bien sea antagonista de tu búsqueda porque el bien no es mío ni tuyo, no es una propiedad privada. Por eso la

¹² AV 220

¹³ AV 221

amistad aristotélica, forma fundamental de la relación humana, se da en términos de bienes compartidos. El egoísta se ha equivocado sobre dónde está su propio bien, excluyéndose de las relaciones humanas.

En los siglos XVII y XVIII, alejados ya crecientemente de una concepción de bienes compartidos como fundamento de la vida pública, la moralidad es ahora estructurada como solución a los problemas planteados por el egoísmo humano. Se buscan formas de altruismo, ya que cada hombre busca satisfacer sus propios deseos, con sus riesgos de anarquía ¹⁴. Es que en una sociedad donde no hay una concepción compartida de lo que es el bien de la comunidad definido como bien del hombre, a la larga no hay ningún concepto substancial de lo que contribuye a alcanzar ese bien ¹⁵.

Se cae entonces en la utilidad, ahora sello distintivo de la virtud (Hume, Franklin), donde la vaguedad de la noción de utilidad contamina toda concepción de hacer el bien. Aparece entonces la benevolencia, versión dieciochesca de la caridad. Las virtudes pasan a ser sentimientos, propensiones (más o menos epidérmicas) reguladas por un deseo de un orden más alto, el actuar según los principios morales correspondientes (Rawls, 71, 192) ¹⁶. Principios y virtudes, y aún la idea de ley, se alejan progresivamente de cualquier creencia substancial en el bien del hombre.

Abandonada la teleología y el bien, dice MacIntyre, se produce una fuga hacia el estoicismo puro. Las virtudes no se practican en la búsqueda de algún bien, la virtud pasa a ser su propio fin, su propio motivo y recompensa: la virtud por la virtud misma. Reaparece el estoico “vivir según la naturaleza”. Para el autor, un ejemplo de esta nueva forma de estoicismo cristiano es la figura del Dr. Johnson¹⁷.

¹⁴ AV 229

¹⁵ AV 232

¹⁶ AV 233

¹⁷ AV 234

En Adam Smith, en cambio, más defsta que cristiano, se da una forma más optimista de estoicismo.

Hay tres virtudes fundamentales que llevan a una conducta perfecta: el hombre que ejecuta las normas de la perfecta prudencia, de la estricta justicia y la exacta benevolencia es perfectamente virtuoso. Ser virtuoso es seguir una norma. Pero para poder cumplir lo anterior se requiere una virtud diferente: el autodomínio que nos permite controlar nuestras pasiones cuando nos distraen de lo que pide la virtud ¹⁸.

Para Kant, en cambio, la noción de moral es la obediencia a las normas. La pregunta fundamental de la filosofía moral es la de cómo conocemos las normas que hemos de seguir. Desaparece de su horizonte la noción de virtud.

Para todos estos autores la sociedad es un terreno de encuentro donde los individuos buscan asegurar lo que es útil o agradable para ellos. Excluyen cualquier concepción de la sociedad como comunidad unida por una visión compartida del bien del hombre (previo e independiente de cualquier suma de intereses individuales) y una consiguiente práctica compartida de las virtudes¹⁹.

V. Conclusión

Su estilo polémico y no pocas veces farragoso, su inmensa cultura filosófica, su antiliberalismo irritado, constante y recurrente, su tono apocalíptico, su carácter anti-moderno (diverso, sin embargo a Maritain), pueden quizás dificultar por buenas razones el acceso a este pensador de talla no menor.

En el fondo, MacIntyre pretende reformar muy libremente la tradición aristotélico-judeocristiana pensando cómo reconstruir los

¹⁸ AV 235

¹⁹ AV 236

fundamentos morales de la vida pública contemporánea. Y lo hace poniendo nuevamente sobre el tapete los temas del bien, del fin y de la virtud, como realidades insoslayables y centrales de todo debate constructivo, superando entonces aquel denunciado *statu quo* confesional e ideológico posterior a la guerra de los Treinta años, que habría privado a la reflexión moral nada menos que de la consideración racional de los fines en la vida social del hombre. Dicho sencillamente, y como ya lo hemos recordado, el autor desea destacar que, dada la naturaleza constitutivamente social del hombre, la reconstrucción de nuestra vida pública exige compartir una idea común de bien.

Bien en sentido análogo, lo cual supone diversos bienes que se articulan participativamente entre sí, con sus correspondientes amores, con un *ordo amoris* correlativo, como diría San Agustín. Leído cristianamente, y en clave teológica, el Bien supremo es Dios, en su Hijo Jesucristo, en quien tenemos la filiación adoptiva en el Espíritu Santo. En este sentido, el esfuerzo de MacIntyre se encuentra abierto a una adecuada articulación no extrínsecista entre el orden creatural y el sobrenatural (no obstante sus críticas a la concepción neo estoica de la naturaleza humana). Allí, en el orden sobrenatural, adquiriría finalmente la teleología que él reclama, su sentido último y coherente.

Es importante registrar el acento puesto por el autor en la tradición particular, local y aún familiar al considerar las virtudes y los bienes, en abierta discusión con un concepto racionalista y universal tanto de la persona como de la naturaleza humana. Los roles y contextos sociales son decisivos para comprender la moralidad del hombre de carne y hueso.

Ahora bien, dentro del panorama de extrema fragmentación y pluralismo en el debate ético contemporáneo, nos preguntamos cómo vislumbrar caminos concretos para recobrar un bien socialmente compartido. Para el propio autor, lo que ahora importa es la construcción de formas locales de comunidad, dentro de las cuales la ci-

vilidad, la vida moral y la vida intelectual puedan sostenerse a través de las nuevas edades que llegan ²⁰.

Como afirma Ronan Sharkey ²¹: “muchos son aquellos que ven en la emancipación (parcial) de la razón fuera de la tutela de la Ilustración una ocasión para revalorizar un cierto particularismo ético y reconocer que éste no puede afirmarse sino en el contexto local, limitado, pero tan enriquecedor, de comunidades de vida. Es en este sentido que, a pesar de las reservas expresadas por él mismo, y a las que hemos hecho mención más arriba, MacIntyre sería el pensador *communitarian*²² por excelencia”.

Dentro del panorama de los filósofos y sociólogos *communitarians* de hoy, la voz de MacIntyre, con su acento metafísico, ayuda y obliga al planteamiento en profundidad y verdad de los temas fundamentales y permanentes de la ética social. Esto constituye ya en sí mismo un inmenso aporte.

Y su voz presta un tono de gravedad indispensable al gran coro de los *communitarians*, que necesitan, como lo necesitamos todos, la ayuda de filósofos amigos de la verdad.

²⁰ AV 263

²¹ Ronan Sharkey, *Vertus, communautés et politique: la philosophie morale d'Alasdair MacIntyre*, NRTh., 2001, p.86

²² Por *communitarian* designamos aquella amplia corriente de pensamiento ético social contemporánea, preponderantemente anglosajona, que subraya el sentido comunitario y social de la convivencia humana, en polémica contra formas individualistas del liberalismo de hoy.